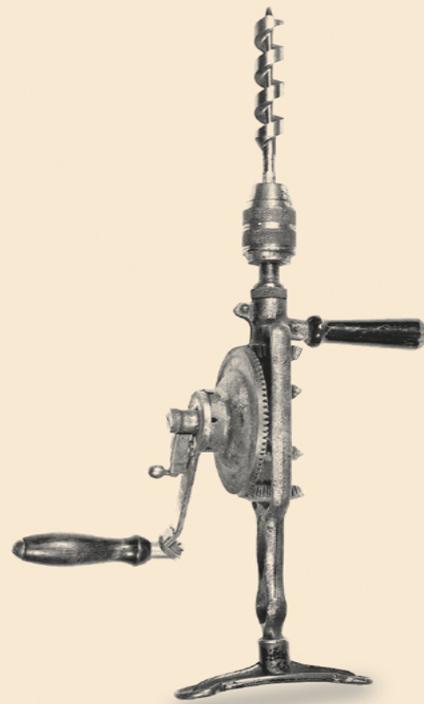

Nexus

Henry Miller



NEXUS

HENRY MILLER



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Nexus*

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Pepe Far

Primera edición impresa: septiembre de 2012

Primera edición en e-book: mayo de 2022

© 1960 by Henry Miller © Estate of Henry Miller. All rights reserved

Published by arrangement with Agence Hoffman, Paris.

© de la traducción revisada: Carlos Manzano, 2004

© de la presente edición: Edhasa, 2022

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4872-9

Producido en España

NEXUS

CAPÍTULO PRIMERO

¡Guau! ¡Guau, guau! ¡*Guan!* ¡*Guan!*

Ladrando en la noche. Venga ladrar. Grito, pero nadie responde. Chillo, pero ni siquiera se oye un eco.

«¿*Cuál quieres? ¿El Oriente de Jerjes o el Oriente de Cristo?*»

Solo... con eczema en el cerebro.

Solo por fin. ¡Qué maravilloso! Sólo, que no es lo que esperaba. ¡Si al menos estuviera a solas con Dios!

¡*Guan!* ¡*Guan, guau!*

Con los ojos cerrados, evoco su imagen. Ahí está, flotando en la obscuridad, una máscara que surge de entre la espuma de las olas: la *bouche* de Tilla Durieux, como un arco; dientes blancos y regulares; ojos ennegrecidos con rímel y los párpados de un azul viscoso y brillante; los cabellos on-deando desordenados, negros como el ébano. La actriz procedente de los Cárpatos y de los tejados de Viena, surgida, como Venus, de las llanuras de Brooklyn.

¡Guau! ¡Guau, guau! ¡*Guan!* ¡*Guan!*

Grito, pero suena enteramente como un susurro.

Me llamo Isaac Polvo. Estoy en el quinto cielo de Dante. Como Strindberg en su delirio, repito: «¿Qué importa?

Que seas el único o tengas un rival, ¿qué importa?»

¿Por qué se me ocurren de repente estos nombres extraños? Todos compañeros de clase de la vieja y querida Alma Mater: Morton Schnadig, William Marvin, Israel Siegel, Bernard Pistner, Louis Schneider, Clarence Donohue, William Overend, John Kurtz, Pat McCaffrey, William Korb, Arthur Convissar, Sally Liebowitz, Frances Glanty... Ninguno de ellos levantó cabeza nunca: tachados de la lista, suprimidos como víboras.

¿Estáis ahí, compañeros?

No hay respuesta.

¿Eres tú, querido August, quien alza la cabeza en las tinieblas? Sí, es Strindberg, el Strindberg con dos cuernos que le salen de la frente. *Le cocu magnifique*.

En una época feliz –¿cuándo? ¿Cuánto hace? ¿En qué planeta?– yo pasaba de una pared a otra saludando a éste y a aquél, todos viejos amigos: Leon Bakst, Whistler, Lovis Corinth, Breughel el Viejo, Botticelli, el Bosco, Giotto, Cimabue, Piero della Francesca, Grünewald, Holbein, Lucas Cranach, Van Gogh, Utrillo, Gauguin, Piranesi, Utamaro, Hokusai, Hiroshige... y el Muro de las Lamentaciones. Goya también y Turner. Cada uno de ellos tenía algo precioso que comunicar, pero, en particular, Tilla Durieux, la de los labios elocuentes y sensuales, oscuros como pétalos de rosa.

Ahora las paredes están desnudas. Aun cuando estuvieran cubiertas con obras maestras, no reconocería nada. Se había hecho la obscuridad. Como Balzac, vivo con cuadros imaginarios. Hasta los marcos son imaginarios.

Isaac Polvo, nacido del polvo y que al polvo vuelve: del polvo al polvo. Agréguese un codicilo por consideración a los viejos tiempos.

Anastasia, alias Hegoroboru, alias Bertha Filigree del Lago Tahoe-Titicaca y de la corte imperial de los zares, está de momento en observación. Fue por su propia voluntad, para averiguar si estaba en sus cabales o no. Saúl grita en su delirio, se cree Isaac Polvo. Estamos bloqueados por la nieve en una alcoba pequeña con lavabo particular y camas separadas. Relumbran relámpagos a ráfagas. El conde Bruga, esa monada de muñeco, descansa sobre el escritorio rodeado de ídolos javaneses y tibetanos. Tiene la mirada de un loco bebiendo, ávido, *sterno*. Sobre la peluca, hecha de hilos de púrpura, lleva un sombrero en miniatura, *à la Bohème*, importado de la Galerie Dufayel. Apoya la espalda en unos volúmenes escogidos que nos dejó a guardar Stasia antes de salir para el manicomio. De izquierda a derecha leemos: *La orgía imperial, La estafa del Vaticano, Una temporada en el Infierno, Muerte en Venecia, Anatema, Un héroe de nuestro tiempo, El*

sentimiento trágico de la vida, El diccionario del diablo, Las ramas de noviembre, Más allá del principio del placer, Lisístrata, Mario el epicúreo, El asno de oro, Jude el obscuro, El extranjero misterioso, Peter Whiffle, Las florecillas, Virginibus Puerisque, La reina Mab, El gran dios Pan, Los viajes de Marco Polo, Las canciones de Bili-tis, La vida desconocida de Jesús, Tristram Shandy, El cántaro de oro, La brionia negra, La raíz y la flor.

Sólo hay una laguna: *La metafísica del sexo* de Rozanov.

En un pedazo de papel de estraza me encuentro la siguiente frase, de su puño y letra, cita evidente de uno de los volúmenes: «Ese pensador extraño, N. Fedorov, ruso donde los haya, descubrirá su forma original de anarquismo, hostil al Estado».

Si se lo enseñara a Kronski, correría al instante al manicomio y lo presentaría como prueba. ¿Prueba de qué? Prueba de que Stasia está en sus cabales.

¿Fue ayer? Sí, ayer, hacia las cuatro de la mañana, cuando iba a buscar a Mona en la estación del metro, ¡pues no me vi a Mona y su amigo, el luchador Jim Driscoll, paseando sin prisa bajo la nieve arrastrada por el viento! Al verlos, era como para pensar que estaban buscando violetas en un prado dorado. Ni se acordaban de la nieve ni del hielo, no les importaban las ráfagas polares procedentes del río, no temían ni a Dios ni a los hombres. Simplemente iban paseando, riendo, hablando y canturreando: libres como alondras de los prados.

¡Escucha, escucha el canto de la alondra a la puerta del cielo!

Los seguí a distancia, casi contagiado también yo por su absoluta despreocupación. De repente, giré a la izquierda y en diagonal hacia la casa de Osiecki. Sus «aposentos», debería decir. Ya lo creo, las luces estaban encendidas y la pianola dejaba oír con poco volumen *morceaux choisis* de Dohnanyi.

«Salud, piojos encantadores», pensé y pasé de largo. Se estaba alzando una neblina hacia el canal de Gowanus: probablemente el deshielo de un glaciar.

Al llegar a casa, la encontré poniéndose crema en la cara.

«Pero, ¿dónde demonios te has metido», pregunta, en tono casi acusatorio.

«¿Hace mucho que has vuelto?», replico.

«Varias horas.»

«¡Qué extraño! Podría haber jurado que me he marchado de aquí hace sólo veinte minutos. Tal vez haya estado caminando en sueños. Tiene gracia, pero me ha parecido verte a ti y a Jim Driscoll paseando y cogidos del brazo...»

«Val, debes de estar enfermo.»

«No, sólo embriagado. Quiero decir... *alucinado*.»

Me pone una mano fría en la frente, me toma el pulso: todo normal, en apariencia. La desconcierta. ¿Por qué invento esas historias? ¿Sólo para atormentarla? ¿Es que no hay bastantes cosas de qué preocuparse, con Stasia en el manicomio y el alquiler sin pagar? Debería tener más consideración.

Me acerco al despertador y señalo las manecillas: las seis en punto.

«Ya lo sé», dice.

«Conque, ¿no ha sido a ti a quien he visto hace unos minutos?»

Me mira como si estuviera al borde de la demencia.

«No te preocupes, querida», le digo, alegre. «He pasado la noche bebiendo champán. Ahora estoy seguro de que no te he visto a ti: era tu cuerpo astral.» Pausa. «De todos modos, Stasia está bien. Acabo de tener una larga conversación con uno de los internos...»

«¿Tú...?»

«Sí, como no tenía nada mejor que hacer, se me ha ocurrido acercarme a ver qué tal le iba. Le he llevado un poco de *charlotte russe*.»

«Debes meterte en la cama, Val, estás agotado.» Pausa. «Te voy a decir por qué he tardado tanto. Acabo de dejar a Stasia. He ido a verla hace tres horas.» Se echó a reír entre dientes... ¿o tal vez a cacarear? «Te lo contaré todo mañana. Es una larga historia.»

Para asombro suyo, respondí: «No te preocupes, hace un ratito me he enterado de todo».

Apagamos las luces y nos metimos en la cama. La oí reír-se por lo bajo.

A modo de buenas noches, susurré: «Berthe Filigree del lago Titicaca».

* * *

Muchas veces, tras una sesión con Spengler o Elie Faure, me arrojaba en la cama vestido y, en lugar de meditar sobre culturas antiguas, me veía debatiéndome a tientas por un mundo laberíntico de invenciones. Ninguna de las dos parece capaz de decir la verdad, ni siquiera sobre un asunto tan simple como el de ir al retrete. Stasia, persona esencialmente veraz, adquirió el hábito para complacer a Mona. Hasta en el fantástico cuento de que era una bastarda Romanov había una pizca de verdad. Sus mentiras nunca son puras y simples invenciones, como las de Mona. Además, si le haces encarar la verdad, no le da un ataque de histeria ni sale de la habitación con expresión altiva. No, se limita a esbozar una mueca burlona que poco a poco se suaviza hasta convertirse en la agradable sonrisa de una niña angelical. Hay veces en que creo que puedo llegar a entenderme con Stasia, pero, justo cuando siento que ha llegado el momento, Mona, como un animal que protege a su cachorro, se la lleva.

Una de las lagunas más extrañas en nuestras conversaciones íntimas, pues de vez en cuando celebramos las orgías de charla más prolongadas y, en apariencia, sinceras, uno de esos vacíos inexplicables, digo, se refiere a la infancia.

Cómo jugaban, dónde, con quién, sigue siendo un completo misterio. Al parecer, de la cuna pasaron a la condición de mujeres adultas. Nunca mencionan a una amiga de la infancia ni una travesura maravillosa con la que disfrutaran; nunca hablan de una calle que les gustara ni de un parque en el que jugasen ni de un juego con el que gozaran. Les he preguntado sin rodeos: «¿Sabéis patinar? ¿Sabéis nadar?

¿Habéis jugado alguna vez a las tabas?». Sí, desde luego, saben hacer todas esas cosas y más. ¿Por qué no? Y, sin embargo, nunca se permiten evocar el pasado. Nunca recuerdan de repente, como sucede en las conversaciones animadas, una experiencia extraña o maravillosa

relacionada con la infancia. De vez en cuando una o la otra cuenta que en cierta ocasión se rompió un brazo o se torció un tobillo, pero,

¿dónde?, ¿cuándo? Una y mil veces intento guiarlas hacia el pasado, con suavidad, engatusándolas, como si condujera un caballo hacia el establo, pero en vano. Los detalles les aburrren. ¿Qué importa, preguntan, cuándo o dónde ocurriera?

Muy bien, entonces, *¡media vuelta!* Cambio de tema y me pongo a hablar de Rusia o Rumania, con la esperanza de advertir un destello o una chispa de reconocimiento. Además, lo hago con destreza, empezando con Tasmania o la Patagonia y abriéndome paso sólo gradual e indirectamente hacia Rusia, Rumanía, Viena y las llanuras de Brooklyn.

Como si no tuvieran la menor sospecha sobre mi juego, también ellas van y se ponen a hablar de pronto sobre lugares extraños, incluidas Rusia y Rumania, pero como si contaran algo que les hubiese relatado un desconocido o que hubieran leído en un libro de viajes. Stasia, un poquito más ingeniosa, puede incluso fingir que me está dando una pista. Puede ocurrírsele, por ejemplo, relatar un episodio apócrifo sacado de Dostoyevski, confiando en que yo tenga mala memoria o en que, aunque no sea así, no pueda recordar los millares de episodios que atestan las voluminosas obras de Dostoyevski. ¿Y cómo puedo estar yo seguro, a mi vez, de que no me está presentando el Dostoyevski auténtico? Porque tengo una memoria excelente sobre el *aura* de las cosas que he leído. Es imposible que yo no reconozca una pincelada dostoyevskiana falsa. Sin embargo, para tirarle de la lengua, finjo recordar el episodio que relata; muevo la cabeza en señal de asentimiento, río, aplaudo, lo que desee, en ningún momento deo traslucir mi convencimiento de que está inventando. Sin embargo, de vez en cuando le recuerdo, con el mismo ánimo juguetón, una menudencia que ha omitido o una deformación que ha creado; incluso discuto sobre ese asunto por extenso, si afirma haber relatado el episodio con fidelidad. Y, durante todo ese tiempo, Mona está ahí sentada, escuchando atenta, sin saber qué es lo cierto y qué lo falso,

pero más contenta que unas pascuas, porque estamos hablando de su ídolo, su dios: Dostoyevski.

¡Qué encantador y delicioso puede ser ese mundo de mentiras y falsificaciones, cuando no hay nada mejor que hacer y nada en juego! ¿No somos maravillosos, nosotros, los mentirosos alegres? «¡Qué pena que el propio Dostoyevski no esté con nosotros!», exclama a veces Mona. Como si él hubiera *inventado* a todos esos locos, todas esas escenas disparatadas, de que están llenas sus novelas. Quiero decir, como si las hubiese inventado para su propio placer o porque fuese un chiflado y mentiroso de nacimiento. Ni siquiera por un momento se les ocurre que pueden ser ellas los personajes «locos» en un libro que la vida está escribiendo con tinta invisible.

Por eso, no es extraño que casi todos aquellos a quienes Mona admira, hombres o mujeres, sean «locos», o que todos aquellos a quienes detesta sean «chiflados». Y, sin embargo, cuando decide hacerme un cumplido, siempre me llama chiflado. «Eres un chiflado tan simpático, Val.» Con lo que quiere decir que soy lo bastante grande, lo bastante complejo, al menos a su juicio, para pertenecer al mundo de Dostoyevski. A veces, cuando se pone a desvariar a propósito de mis libros aún no escritos, llega hasta el extremo de decir que soy otro Dostoyevski. Lástima que no me dé un ataque epiléptico de vez en cuando. Con eso alcanzaría de verdad la importancia necesaria. Lo que sucede, por desgracia, lo que destruye el hechizo, es que estoy degenerando a toda velocidad para convertirme en un «burgués». En otras palabras, me estoy volviendo demasiado curioso, demasiado mezquino, demasiado intolerante. Según Mona, Dostoyevski, nunca mostró el menor interés por los «hechos». (Una de esas verdades a medias que a veces nos hacen sobresaltar-nos.) No, según ella, Dostoyevski estaba siempre en las nubes... o bien enterrado en las profundidades. Nunca se molestaba en nadar por la superficie. No pensaba en guantes, manguitos ni abrigo. Como tampoco fisgaba los bolsos de las mujeres en busca de nombres y direcciones. Vivía sólo en el mundo de la imaginación.

Ahora bien, Stasia tenía su propia opinión sobre Dostoyevski, su forma de vida, su método de trabajo. Al fin y al cabo, pese a sus

extravagancias, estaba más cerca de la realidad. Sabía que los muñecos están hechos de madera o de cartón piedra y no sólo de «imaginación» y no estaba demasiado segura de que Dostoyevski no hubiese tenido su face-ta «burguesa». Lo que le encantaba en particular en Dostoyevski era el elemento diabólico. Para ella, el Diablo era real. El mal era real. En cambio, a Mona no parecía preocuparle el problema del mal en Dostoyevski. Para ella no era sino otro elemento de su «imaginación». Nada de los libros la asustaba. Casi nada de la vida la asustaba tampoco, si vamos al caso. Tal vez fuera ésa la razón por la que caminaba sobre el fuego sin sufrir daño. Pero, para Stasia, cuando era presa de un talante extraño, hasta tomar el desayuno podía ser una dura prueba. Tenía olfato para el mal, podía descubrirlo hasta en un plato de cereales fríos. Para Stasia, el Diablo era un ser omnipresente, siempre al acecho de su víctima. Llevaba amuletos para ahuyentar a los poderes malignos; al entrar en una casa extraña, hacía determinados signos o repetía conjuros en lenguas extrañas. Ante todo ello Mona sonreía indulgente, por considerar «delicioso» que Stasia fuera tan pri-mitiva, tan supersticiosa. «Es su naturaleza eslava», decía.

* * *

Ahora que las autoridades habían puesto a Stasia en manos de Mona, nos correspondía a nosotros examinar la situación con mayor claridad y facilitar un modo de vida más seguro y apacible a ese ser complicado. Según el lacrimoso relato de Mona, se habían mostrado extraordinariamente reacios a poner en libertad a Stasia. Sólo el diablo podría haber sabido lo que Mona les dijo sobre su *amiga...* y sobre sí misma. Tardé semanas en conseguir, y sólo gracias a las manio-bras más ingeniosas, recomponer el rompecabezas en que había convertido su conversación con el médico encargado del asunto. Si no hubiera tenido nada más en qué basarme, habría dicho que las dos debían estar en el manicomio.

Por fortuna, había recibido otra versión de la entrevista e inesperadamente: nada menos que de Kronski. Por qué se había

interesado por el caso es algo que no sé. Sin duda Mona había dado a las autoridades su nombre... como médi-co de la familia. Puede que lo hubiera llamado en plena noche y, con voz entrecortada por los sollozos, le hubiese rogado que hiciera algo por su querida amiga. En cualquier caso, lo que Mona no me dijo fue que había sido Kronski quien había conseguido la libertad de Stasia, que Stasia no había quedado a cargo de nadie y que un aviso de él (a las autoridades) podría resultar funesto. Esto último no tenía ni pies ni cabeza y así lo consideré. Probablemente la verdad fuera que las salas del hospital estaban atestadas. Por la cabeza me rondaba la decisión de visitar un día el hospital, a mi vez, y averiguar con exactitud lo que había ocurrido.

(Por simple prurito detallista.) No tenía demasiada prisa.

Tenía la sensación de que la situación presente no era sino un preludio, o un presagio, de las cosas por venir.

Entretanto, me dio por ir al Village, siempre que sentía deseos de hacerlo. Vagaba de un lado para otro, como un perro callejero. Cuando llegaba ante un farol, levantaba la pata trasera y meaba sobre él. ¡Guau, guau! ¡*Guau!*

Así sucedía con frecuencia que me encontrara a la puerta de The Iron Cauldron, junto a la valla que protegía el asqueroso terreno de césped, ahora cubierto por una capa de dos pies de nieve negra, observando las idas y venidas.

Las dos mesas más próximas a la ventana eran las de Mo-na. La veía ir y venir a la débil luz de las velas, sirviendo la comida, siempre con un cigarrillo pegado a los labios y la cara deshaciéndose en sonrisas al recibir a los clientes o tomar sus pedidos. De vez en cuando Stasia se sentaba a la mesa, siempre de espaldas a la ventana, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos. Por lo general, seguía allí sentada hasta que hubiera salido el último cliente. Entonces se le unía Mona. A juzgar por la expresión en la cara de ésta, siempre era una conversación animada la que mantenían. A veces, sencillamente, se tronchaban. En esos casos, si uno de sus favoritos intentaba unírseles, se lo quitaban de encima como si fuera una mosca.

Ahora bien, ¿qué podían estar hablando aquellas dos criaturas encantadoras que fuera tan, pero tan, apasionante? ¿Y tan gracioso como para troncharse? Responde a eso y os escribiré la historia de Rusia de una sentada.

En cuanto sospechaba que se preparaban para marcharse, ponía pies en polvorosa. Vagaba, lento y triste, asomando la cabeza en todas las tascas, hasta que llegaba a Sheridan Square. En una esquina de la plaza, y siempre iluminada como una taberna antigua, se encontraba la guarida de Minnie Dou-chebag. Sabía que acabarían parando allí las dos. Me limitaba a esperar para asegurarme de que se habían sentado. Después un vistazo al reloj y calculaba que al cabo de dos o tres horas por lo menos una de ellas estaría de vuelta en la guarida. Al echar una última mirada hacia donde se encontraban, resultaba consolador –¡qué palabra!– ver que ya eran objeto de atenciones solícitas, saber que recibirían la protección de las amables personas que tan bien las entendían y siempre acudían en su ayuda. También era divertido pensar, al entrar en el metro, que con una ligera adaptación de la ropa hasta a un experto en el sistema de Bertillon le habría resultado difícil determinar cuál era el chico y cuál la chica. Los chicos siempre estaban listos para morir por las chicas... y viceversa. ¿No estaban todos en el mismo orinal infecto al que van a parar todas las almas puras y decentes? Eran tan encantadores, toda la pandilla. Unos *cielos*, de verdad. ¡Y menudo cómo podían emperifollarse, señor! Todos, los chicos en particular, eran artistas natos: hasta las criaturas tímidas que se escondían en un rincón para morderse las uñas.

¿Fue por contacto con aquella atmósfera en que reinaban el amor y el entendimiento mutuo por lo que a Stasia se le ocurrió la idea de que algo no iba bien entre Mona y yo? ¿O se debió a los golpes de almádena que daba yo en momentos de verdad y sinceridad?

«No deberías acusar a Mona de engañarte y mentirte», va y me dice una noche. No puedo imaginar cómo fue que estuviéramos solos. Puede que estuviera esperando en cualquier momento la aparición de Mona.

«¿De qué preferirías que la acusase?», respondí, mientras me preguntaba qué vendría a continuación.

«Mona no es una mentirosa y tú lo sabes. Inventa, deforma, imagina... porque resulta más interesante. Cree que te gusta más, cuando complica las cosas. Te respeta demasiado para mentirte de verdad.»

No intenté replicar.

«¿Es que no lo sabes?», dijo, alzando la voz.

«¡No, la verdad!», dije.

«¿Quieres decir que te tragas todos esos cuentos fantásticos que te endilga?»

«Si quieres decir que considero todo eso un juegucito inocente, te diré que no.»

«Pero, ¿por qué habría de querer engañarte, cuando te ama tanto? Tú sabes que lo eres todo para ella. Sí, todo.»

«¿Es ésa la razón por la que estás celosa de mí?»

«¿Celosa? Estoy indignada de que la trates como lo haces, de que estés tan ciego, seas tan cruel, tan...»

Alcé la mano. «¿Adónde quieres ir a parar?», pregunté.

«¿A qué juegas?»

«¿Cómo que a qué juego?» Se levantó como una zarina indignada y presa del mayor asombro. No se daba cuenta de que tenía la bragueta abierta y le salía un faldón de la camisa.

«Siéntate», dije. «Anda, toma otro cigarrillo.»

Se negó a sentarse. Se empeñó en pasearse para arriba y para abajo.

«Vamos a ver: ¿qué prefieres creer?», empecé a decir.

«¿Que Mona me ama tanto, que tiene que mentirme noche y día? ¿O que te ama tanto a ti, que no tiene valor para decírmelo? ¿O que tú la amas tanto, que no puedes verla sufrir?»

O, déjame preguntarte esto primero: ¿sabes lo que es el amor?

Dime: ¿has estado enamorada alguna vez de un hombre? Sé que en tiempos tenías un perro al que amabas, o así me lo contaste, y sé que has hecho el amor con los árboles. También sé que amas más que odias, pero... ¿sabes lo que es el amor? Si conocieras a dos personas que estuviesen locamente enamoradas, tu amor por una de ellas...

¿aumentaría su amor o lo destruiría? Voy a decirlo de otro modo. Tal vez así lo veas claro. Si te consideraras a ti misma sólo como objeto de compasión y alguien te demostrara afecto auténtico, amor auténtico, ¿habría alguna diferencia para ti en que esa persona fuese hombre o mujer, casada o soltera? Quiero decir: ¿te contentarías, o podrías contentarte, aceptando simplemente ese amor? ¿O lo querrías en exclusiva para ti?»

Pausa. Pausa cargada.

«¿Y qué», continué, «es lo que te hace pensar que eres digna del amor? ¿O incluso que eres amada? O, si crees que es así, ¿que eres capaz de corresponder? ¿Quieres *hacerme el favor de sentarte*? Mira, podríamos tener una charla interesante de verdad. Podríamos incluso aclarar algo. Podríamos llegar a la verdad. Estoy dispuesto a intentarlo.» Me lanzó una extraña mirada de sobresalto. «Dices que Mona piensa que me gustan los seres complicados. Para serte sincero, te diré que no. Tú, por ejemplo, eres una persona muy simple... íntegra, como se suele decir, ¿no es cierto? Estás tan de acuerdo contigo misma y con el mundo entero, que, simplemente para asegurarte de ello, te has ofrecido al examen de observación. ¿Soy demasiado cruel? Anda, riéte, si quieres. Las cosas parecen extrañas, cuando las ponemos del revés. Además, no estuviste en observación por tu voluntad, ¿verdad? Otro cuento de Mona, ¿eh? Desde luego, me lo tragué todo... porque no quería destruir vuestra amistad.

Ahora que has salido, gracias a mis esfuerzos, quieres demostrarme tu gratitud. ¿No es eso? No quieres verme desdichado, sobre todo cuando estoy viviendo con alguien próximo y querido para ti.»

Se puso a lanzar risitas pese a estar muy irritada.

«Mira, si me hubieras preguntado si estaba celoso de ti, pese a lo mucho que detesto reconocerlo, habría dicho que sí. No me da vergüenza confesar que me humilla la idea de que alguien como tú pueda ponerme celoso. No te pareces en nada al tipo de persona que yo habría elegido para rival. No me gustan los hermafroditas, como no me gustan las personas con pulgares de doble articulación. Tengo prejuicios. Soy *burgués*, si prefieres. Nunca amé, pero tampoco odié, a

un perro. He conocido maricas divertidos, inteligentes, talentosos, pero debo decir que no me gustaría vivir con ellos. No estoy hablando de moral, como comprenderás, sino de gustos y aversiones. Hay cosas que me fastidian.

Me siento de lo más desgraciado, por no decir algo peor, porque mi mujer sienta tan fuerte atracción por ti. Parece ridículo, ¿verdad? Casi literario. Lo que quiero decir es que es una lástima que no eligiese a un hombre de verdad, si debía traicionarme, aunque fuera alguien que yo desprecia-se. Pero tú... pero, joder, si es que me deja totalmente indefenso. Tiemblo sólo de pensar que alguien me diga: “¿Qué es lo que no carbura en ti?”. Porque debe de haber algo que no carbura en un hombre –al menos, eso piensa la gente–, cuando su mujer siente una violenta atracción hacia otra mujer. He hecho lo imposible para intentar descubrir qué es lo que no carbura en mí, en caso de que haya algo, pero no consigo dar con ello. Además, si una mujer es capaz de amar a otra mujer, así como al hombre al que está unida, no hay nada malo en ello, ¿verdad? No tiene la culpa de estar dotada con una excepcional capacidad de afecto, ¿no es así? Sin embargo, supongamos que uno, como marido de una persona tan extraordinaria, tenga dudas sobre la excepcional capacidad de su mujer para amar: entonces, ¿qué? Supongamos que el marido tenga razones para creer que en esas extraordinarias dotes para el amor hay una mezcla de farsa y realidad. Supongamos que, para preparar a su marido, para influir-le, por decirlo así, ella se esfuerza astuta y capciosamente para envenenarle el pensamiento, inventa o urde las historias más fantásticas, todas inocentes, por supuesto, sobre experiencias con amigas antes de casarse. Sin reconocer nunca a las claras que se acostó con ellas, pero dando a entender, insinuando siempre, que tal vez lo hiciera. Y en el momento en que el marido... en otras palabras, yo... muestra temor o alarma, ella niega con violencia algo así, insiste en que debe de haber sido la imaginación de uno la que ha creado ese panorama... ¿Me entiendes? ¿O se está volviendo demasiado complejo?»

Se sentó, con expresión seria de repente. Se sentó al borde de la cama y me miró inquisitiva. De pronto, esbozó una sonrisa, una sonrisa

satánica, y exclamó: «Conque, ¡a eso es a lo que juegas tú! ¡Ahora quieres envenenarme el pensamiento *a mí!*» Y acto seguido los ojos se le llenaron de lágrimas y se puso a sollozar.

Quiso la suerte que Mona llegara en aquel preciso instante.

«¿*Qué le estás haciendo?*» Ésas fueron sus primeras palabras. Rodeó con un brazo a la pobre Stasia, le acarició el pelo y la consoló con palabras tranquilizadoras.

Una escena conmovedora: demasiado sincera, sin embargo, para conmoverme de verdad.

Resultado: Stasia no debe intentar irse a casa. Debe quedarse y descansar bien toda la noche.

Stasia me mira inquisitiva.

«¡Claro! ¡Claro!», digo. «No echaría ni a un perro en una noche como ésta.»

Lo más extraño de la escena, ahora que lo pienso, fue la aparición de Stasia con un camisón ligero y transparente. Si al menos hubiera llevado una pipa en la boca, habría resultado perfecto.

* * *

Volvamos a Feodor... A veces me irritaban con sus eternos disparates sobre Dostoyevski. Yo mismo nunca he afirmado *entender* a Dostoyevski. En cualquier caso, no todo lo de él. (Lo conozco, como se conoce a un alma gemela.) Tampoco he leído toda su obra, ni siquiera hoy. Siempre he tenido la idea de dejar los últimos bocados para leerlos en mi lecho mortuario. Por ejemplo, no estoy seguro de si he leído *El sueño de un hombre ridículo* o si me lo han contado.

Tampoco estoy del todo seguro de saber quién era Marción o qué es el marcionismo. Hay muchas cosas relativas a Dostoyevski, como a la vida misma, que me contento con dejar en la sombra del misterio. Me gusta imaginar a Dostoyevski como alguien rodeado por un aura impenetrable de misterio. Por ejemplo, nunca puedo imaginarlo tocado con sombrero... como el que Swedenborg atribuía a sus ángeles.

Además, siempre me fascina enterarme de lo que otros han dicho sobre él, aun cuando sus opiniones carezcan de sentido para mí. El otro día, sin ir más lejos, me encontré una nota que había apuntado en una libreta, probablemente de Berdiaev. Dice así: «Después de Dostoyevski, el hombre dejó de ser lo que había sido antes.» Idea alentadora para una humanidad enferma.

En cuanto a lo siguiente, desde luego sólo Berdiaev podría haberlo escrito: «En Dostoyevski había una actitud compleja hacia el mal. En gran medida, puede parecer que andaba descarriado. Por una parte, el mal es el mal y hay que exponerlo y acabar con él. Por otra, el mal es una experiencia espiritual del hombre. Forma parte del hombre. La experiencia del mal puede enriquecer al hombre, pero es necesario entenderla correctamente. No es el mal en sí lo que enriquece al hombre; lo enriquece la fuerza espiritual que despierta en él para vencer el mal. El hombre que dice: «Voy a entregarme al mal para enriquecerme, nunca se enriquece; perece. Pero el mal es lo que pone a prueba la libertad del hombre...»

Y ahora otra cita (también de Berdiaev), porque nos hace avanzar un paso hacia el Cielo...

«La Iglesia no es el Reino de Dios; la Iglesia ha aparecido en la Historia y ha actuado en la Historia; no significa la transfiguración del mundo, la aparición de un cielo y una tierra nuevos. El Reino de Dios es la transfiguración del mundo, no sólo la transfiguración del hombre individual, sino también la transfiguración de lo social y lo cósmico, y eso es el fin del mundo, del mundo de la injusticia y la fealdad, y es el comienzo de un nuevo mundo, un mundo de justicia y belleza. Cuando Dostoyevski dijo que la belleza salvaría el mundo, pensaba en la transfiguración del mundo y en la llegada del Reino de Dios y ésa es la esperanza escatológica...»

En lo que a mí respecta, debo decir que, si alguna vez tuve esperanzas, escatológicas o de otra clase, Dostoyevski fue quien las destruyó. O tal vez debería modificar esto diciendo que «volvió insignificantes» esas aspiraciones culturales engendradas por mi educación occidental. Lo que en mí hay de asiático, de mongol, en una palabra, ha permanecido

intacto y seguirá siempre intacto. Ese aspecto mío mongol nada tiene que ver con la cultura ni la personalidad; representa la raíz cuya savia se remonta hasta una rama ancestral y eterna del árbol genealógico. Ese depósito insondable se ha tragado todos los elementos caóticos de mi naturaleza y del patrimonio americano, como el océano se traga los ríos que de-sembozan en él. Lo curioso es que he entendido a Dostoyevski o, mejor dicho, a sus personajes y los problemas que los atormentaban, mejor siendo americano que si hubiera sido europeo. La lengua inglesa, a mi parecer, es más idónea para traducir a Dostoyevski (en caso de que haya que leerlo traducido) que el francés, el alemán, el italiano o cualquier otra lengua no eslava y la vida americana, desde el nivel del pistolero hasta el nivel intelectual, tiene, paradójicamente, afinidades tremendas con la multilateral vida cotidiana rusa de la época de Dostoyevski. ¿Qué mejor prueba se puede presentar que la ciudad de Nueva York, en cuyo conglomerado suelo crecen como la maleza toda clase de ideas lascivas, innobles y demenciales? Basta con pensar en el invierno en ella, en lo que significa estar hambriento, solo, desesperado en ese laberinto de calles monótonas bordeadas por casas monótonas atestadas de individuos monótonos atracados de ideas monótonas. ¡Monótonos y al mismo tiempo ilimitados!

Aunque millones de americanos nunca han leído a Dostoyevski ni reconocerían siquiera su nombre, millones de ellos proceden directamente de sus obras y llevan la misma vida extraña y «lunática» aquí, en los Estados Unidos, que las criaturas de Dostoyevski en la Rusia de su imaginación.

Si bien en el pasado podría haberse considerado que tenían una existencia humana, en el futuro su mundo presentará un carácter más fantástico y endemoniado que cualquiera o todas las creaciones de El Bosco. Hoy se mueven, codo con codo, junto a nosotros, sin sobresaltar a nadie, al parecer, por su aspecto antediluviano. En realidad, algunos siguen su vocación –predicar el Evangelio, vestir cadáveres, atender a los dementes– como si nada importante hubiera sucedido. No tienen la más ligera sospecha de que «el hombre ha dejado de ser lo que había sido antes».

CAPÍTULO 2

Ah, el monótono estremecimiento que se siente al caminar por las calles una mañana de invierno, cuando las vigas de hierro están heladas hasta el suelo y la leche en la botella crece como el tallo de un hongo. Un día septentrional, pongamos por caso, cuando ni el animal más estúpido se atrevería a asomar la nariz fuera de su agujero. Acercarse a un desconocido un día así y pedirle limona sería inconcebible. En ese frío penetrante, con el viento helado silbando por las sombrías gargantas de las calles, nadie en sus cabales se detendría a buscarse en el bolsillo una moneda. En una mañana así, que un banquero cómodamente instalado llamaría «clara y fresca», un mendigo no tiene derecho a sentirse hambriento o a necesitar dinero para el autobús. Los mendigos son para los días cálidos y soleados, cuando hasta un sádico de corazón se detiene a arrojar migas a los pájaros.

En días así reunía a propósito un lote de muestras para ir a visitar a uno de los clientes de mi padre, sabiendo de antemano que no conseguiría un pedido, pero impulsado por una insaciable sed de conversación.

Había un individuo en particular al que siempre elegía para visitarlo en ocasiones así, porque con él el día podía, y solía, acabar del modo más inesperado. Rara era la vez que aquel individuo encargaba un traje y, cuando así era, tardaba años en pagar la cuenta. Aun así, era un cliente. Ante el viejo fingía ir a ver a John Stymer para hacerle comprar el traje de etiqueta que necesitaría –suponíamos siempre– alguna vez. (Se pasaba la vida diciéndonos que un día llegaría a juez, aquel Stymer.)

Lo que nunca revelé al viejo fue la naturaleza de las conversaciones, ajenas a la sastrería, que solía mantener con aquel hombre.

«¡Hola! ¿Para qué vienes a verme?»

Así solía recibirme.

«Debes de estar loco, si crees que necesito más ropa. No te he pagado el último traje que compré, ¿no es así? ¿Cuándo fue?... ¿Hace cinco años?»

Apenas había levantado la cabeza del montón de papeles en que tenía enterrada la nariz. Perfumaba el cuarto un olor fétido, debido a su inveterada costumbre de peerse... aun delante de su estenógrafo. Además, no dejaba de hurgarse en la nariz. En lo demás –exteriormente, quiero decir– podía pasar por Don Cualquiera: un abogado como cualquier otro.

Con la cabeza aún enterrada en un laberinto de documentos jurídicos, va y me dice, alegre: «¿Qué estás leyendo estos días?» Antes de que pueda contestar, añade: «¿Podrías esperar fuera unos minutos? Estoy en un embrollo, pero no te escapes... Quiero charlar un rato contigo». Y acto seguido se mete la mano en el bolsillo y saca un billete de dólar.

«Toma, bébete un café, mientras esperas y vuelve dentro de una hora más o menos... comemos juntos, ¿eh?»

En la antesala hay media docena de clientes. Ruega a todos que esperen un poco más. A veces se pasan el día allí sentados.

Camino de la cafetería, cambio el billete para comprar un periódico. Echar un vistazo a las noticias siempre me da la sensación extrasensorial de pertenecer a otro planeta. Además, necesito estar muy jodido para habérmelas con John Stymer.

Mientras hojeo el periódico, me pongo a pensar en el gran problema de Stymer: *la masturbación*. Lleva años intentando vencer ese terrible vicio. Me vienen a la cabeza retazos de nuestra última conversación. Recuerdo haberle recomendado que probara en un buen burdel... y cómo torció el gesto, cuando se lo propuse. «¡Cómo! ¿Yo, un hombre casado, relacionarme con un atajo de asquerosas putas?»

Y lo único que se me ocurrió decir fue: «¡No todas son asquerosas!».

Pero lo patético, ahora que me refiero al caso, fue la seriedad con que me imploró, al marcharme, que, si se me ocurría algo que fuera de ayuda... *cualquier cosa*, se lo comunicara. «¡Córtatela!», me dieron ganas de decir.

Pasó una hora. Para él una hora era como cinco minutos. Por fin me levanté y me dirigí a la puerta. Hacía tal frío fuera, que me daban ganas de salir corriendo.

Para mi sorpresa, me estaba esperando. Estaba allí sentado con las manos cruzadas y descansando sobre el escritorio y los ojos fijos en un punto diminuto de la eternidad.

El paquete de muestras que había dejado sobre su escritorio estaba abierto. Había decidido encargarse un traje, según me comunicó.

«No me corre prisa», dijo.

«No necesito ropa nueva.»

«Entonces no lo compres. Ya sabes que no he venido aquí para venderte un traje.»

«Mira», dijo. «Tú eres casi la única persona con quien consigo tener una conversación de verdad. Siempre que te veo, me expansiono... ¿Qué me puedes recomendar esta vez?

Quiero decir, en el terreno literario. El último, *Oblomov*, ¿no era ése?, no me impresionó demasiado.»

Hizo una pausa, no para oír lo que pudiera contestarle, sino para recobrar el aliento.

«Desde la última vez que estuviste aquí, he tenido una aventura. ¿Te sorprende? Sí, una joven, muy joven, y, además, ninfómana. Me deja seco, pero no es eso lo que me preocupa... sino mi esposa. Me atormenta de un modo atroz.

Me pone los pelos de punta.»

Al observar la mueca en mi cara, añade: «No tiene la menor gracia, te lo aseguro».

Suena el teléfono. Escucha atento. Después, sin haber dicho otra cosa que «sí, no, eso creo», grita al auricular: «No quiero ni ver su asqueroso dinero. Que lo defienda otro».

«Imagínate: intentando sobornarme», dice, al tiempo que cuelga el aparato con violencia. «Y un juez, nada menos y, además, un buen pellizco.» Se sonó la nariz con fuerza. «En fin, ¿dónde estábamos?» Se levantó. «¿Y si comiéramos un bocado? Charlaríamos mejor con la comida y el vino delante, ¿no te parece?»

Llamamos a un taxi y nos dirigimos a una tasca italiana que frecuentaba. Era un sitio acogedor, con intenso olor a vino, serrín y queso: casi desierto, además.

Tras haber pedido, dijo: «No te importa que hable de mí, ¿verdad? Es mi defecto, supongo. Hasta cuando estoy leyendo, aun cuando sea un buen libro, no puedo por menos de pensar en mí, en mis problemas. No es que me considere tan importante, entiéndeme: obsesionado, nada más».

«Tú también estás obsesionado», prosiguió, «pero de modo más sano. Mira, yo estoy absorto en mí mismo y me odio. Auténtico asco, te lo aseguro. No podría sentir lo mismo por ningún otro ser humano. Me conozco de pe a pa, y la idea de lo que soy, de lo que debo de parecer a los demás, me repugna. Sólo tengo una buena cualidad: soy honrado. No lo considero un mérito... es un rasgo puramente instintivo. Sí, soy honrado con mis clientes... y conmigo mismo».

Lo interrumpí. «Puedes ser honrado contigo mismo, como dices, pero sería mejor para ti que fueras más generoso. Quiero decir, *contigo mismo*. Si no puedes tratarte decentemente a ti mismo, ¿cómo esperas que lo hagan los demás?»

«No va con mi naturaleza pensar cosas así», se apresuró a responder. «Soy un puritano de pies a cabeza, un puritano degenerado, desde luego. Lo malo es que no lo soy bastante. ¿Recuerdas que una vez me preguntaste si había leído al Marqués de Sade? Bueno, pues, lo intenté, pero me mata de aburrimiento. Tal vez sea demasiado francés para mi gusto. No sé por qué lo llaman el *divino* Marqués.

¿Y tú?»

Ya habíamos degustado el Chianti y estábamos de espaguetis hasta las orejas. El vino lo animaba. Podía beber mucho sin perder la cabeza. En realidad, ése era otro de sus problemas: su incapacidad para olvidarse de sí mismo, aun bajo la influencia del alcohol.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, empezó observando que era un abstraccionista de pies a cabeza. «Un abstraccionista que puede hacer pensar incluso a su picha.

Ya te estás riendo otra vez, pero es trágico. La chica de la que te he hablado... cree que soy un gran jodador. No lo soy. Ella sí que lo es. Folla como los ángeles. Yo follo con el cerebro. Es como si estuviera realizando un interrogatorio, pero con la picha y no con la cabeza. Parece una chaladura, ¿verdad? Y lo es, porque cuanto más follo más me centro en mí mismo. De vez en cuando –con ella, quiero decir–

llego a preguntarme quién está en el otro extremo. Debe de ser consecuencia de la masturbación. Me entiendes, ¿verdad? En lugar de hacérmelo a mí mismo, alguien lo hace por mí. Es mejor que masturbarse, porque te sientes aún más despegado. Por supuesto, la chica se lo pasa bomba. Puede hacer conmigo lo que le apetezca. Eso es lo que le encanta... la excita. Lo que no sabe –tal vez la asustase, si se lo dijera– es que yo estoy ausente. Ya conoces la expresión “ser todo oídos”. Bueno, pues, yo soy todo cabeza. Una cabeza con la picha pegada a ella, si se puede decir así... Por cierto, a veces me dan ganas de preguntarte cómo te sientes cuando lo haces... tus reacciones... y demás. No es que fuera a ayudar demasiado. Simple curiosidad.»

De repente, cambió de tema. Me preguntó si había escrito ya algo. Cuando le dije que no, respondió: «Estás escribiendo ahora mismo; sólo, que no lo sabes. Estás escribiendo todo el tiempo, ¿no te das cuenta?».

Asombrado ante esa extraña observación, exclamé:

«¿Te refieres a mí... o a todo el mundo?»

«¡Por supuesto que no me refiero a todo el mundo! Me refiero a ti.» Su voz adquirió un tono chillón e irritado. «En cierta ocasión me dijiste que te gustaría escribir. Muy bien,

¿cuándo piensas comenzar?» Hizo una pausa para tomar un bocado. Sin haber acabado de tragar, prosiguió: «¿Por qué crees que te hablo como lo hago? ¿Porque eres un buen oyente? ¡De ningún modo! Puedo abrirte mi corazón porque eres indiferente. No soy yo, John Stymer, quien te interesa, sino lo que cuento o mi forma de hacerlo, pero yo siento interés por ti, sin lugar a dudas. Es muy distinto.»

Masticó en silencio por un momento.

«Eres casi tan complicado como yo», prosiguió. «Lo sabes,

¿verdad? Siento curiosidad por lo que hace funcionar a la gente, sobre todo a un tipo como tú. No te preocupes, nunca te sondearé, porque sé de antemano que no me vas a dar las respuestas correctas. Esquivas muy bien. Y yo soy abogado. Mi oficio es llevar pleitos, pero tú... no puedo imaginar con qué trabajas tú, a no ser con aire.»

En aquel momento cerró la boca como una almeja y se contentó con masticar y tragar por un rato. Luego dijo:

«Me dan ganas de invitarte a venir conmigo esta tarde. No voy a volver al despacho. Voy a ir a ver a esa chica de la que te he hablado. ¿Por qué no me acompañas? Es agradable de aspecto y le gusta hablar. Me gustaría observar tus reacciones». Hizo una pausa por un momento para ver qué me parecía su propuesta y después añadió: «Vive en Long Island. Hay un buen trecho, pero puede valer la pena. Llevaremos un poco de vino y un poco de Strega. Le gustan los licores. ¿Qué me dices?».

Acepté. Fuimos caminando hasta el garaje donde guardaba el coche. Tardamos un rato en descongelarlo. Hacía poco que habíamos salido, cuando empezó a fallar una cosa tras otra. Con las paradas que hicimos en garajes y talleres, debimos de tardar tres horas en salir de los límites de la ciudad. Para entonces ya estábamos completamente helados.

Nos faltaban noventa kilómetros y ya era noche cerrada.

Una vez en la carretera, hicimos varias paradas para calentarnos. Parecían conocerlo en todos los sitios donde parábamos y siempre lo trataban con deferencia. Mientras avanzábamos, me explicaba cómo se había hecho amigo de éste y de aquél. «Nunca acepto un caso», dijo, «a no ser que esté seguro de poder ganar.»

Intenté hacerle hablar de la chica, pero estaba distraído con otras cosas. Cosa curiosa, lo que más le preocupaba en aquel momento era la inmortalidad. ¿Qué sentido tenía un más allá, se preguntaba, si perdía uno la personalidad al morir? Estaba convencido de que una sola vida era un período demasiado corto para resolver los problemas propios.

«Aún no he empezado a vivir mi vida», dijo, «y ya me acerco a los cincuenta. Habría que vivir ciento cincuenta o doscientos años, entonces podría uno llegar a alguna parte. Los problemas auténticos no

empiezan hasta que has superado el sexo y todas las dificultades materiales. A los veinticinco años creía conocer todas las respuestas. Ahora tengo la sensación de no saber nada sobre nada. Aquí estamos: yendo a ver a una ninfómana. ¿Qué sentido tiene?» Encendió un cigarrillo, echó una o dos caladas y después lo tiró. A continuación sacó un grueso puro del bolsillo de la chaqueta.

«Te gustaría saber algo de ella. Lo primero que te voy a decir es lo siguiente: si tuviera el valor necesario, la secuestraría y me iría a México. Qué haría allí es algo que no sé.

Empezar de nuevo, supongo. Pero ahí está... no tengo agallas. Soy un cobarde moral, ésa es la verdad. Además, sé que me engaña. Cada vez que me separo de ella, me pregunto con quién se meterá en la cama en cuanto yo me haya perdido de vista. No es que esté celoso... detesto que me tomen por tonto, simplemente. Desde luego, soy un estúpido. En todo lo que no sea el Derecho soy un idiota rematado.»

Siguió con eso un rato. Desde luego, le gustaba ponerse verde a sí mismo. Yo me arrellané en el asiento y fui escuchando.

Cambió de tema. «¿Sabes por qué no llegué a ser escritor?»

«No», respondí, asombrado de que hubiera acariciado esa idea alguna vez.

«Porque, como descubrí casi enseguida, no tenía nada que decir. En una palabra, nunca he vivido. Si no arriesgas nada, nada consigues. ¿Cuál es ese dicho oriental? “Temer es no sembrar por miedo a los pájaros.” Con eso está dicho todo. Todos esos locos rusos que me das a leer tenían experiencia de la vida, aun cuando nunca se hubieran movido del lugar en que nacieron. Para que sucedan cosas tiene que haber una atmósfera idónea y, si falta la atmósfera, puedes crearla, es decir, si tienes genio. Yo nunca he creado nada.

Sigo el juego y de acuerdo con las reglas. La respuesta a eso, por si no lo sabes, es la muerte. Sí, señor, me siento ya como muerto pero, a ver si entiendes esto: cuando más muerto estoy es cuando mejor follo. ¡Imagínatelo, si puedes! La última vez que me acosté con ella, para darte una simple ilustración, ni siquiera me molesté en quitarme la ropa. Me metí... con la chaqueta, los zapatos y todo. Me parecía

perfectamente natural, teniendo en cuenta el estado de ánimo en que me encontraba. Tampoco a ella le molestó lo más mínimo. Como digo, me metí en la cama con ella del todo vestido y le dije: “¿Por qué no nos quedamos aquí tumbados y jodemos hasta la muerte?”. Extraña idea, ¿eh? Sobre todo emitida por un abogado respetado con familia y demás.

El caso es que, apenas había pronunciado esas palabras, cuando me dije: “¡Serás idiota! Ya estás muerto. ¿Para qué disimular?”. ¿*Qué te parece?* Acto seguido, me entregué al asunto... a la jodienda, me refiero.»

Entonces le planteé un problema difícil. Le pregunté si se había imaginado alguna vez con picha... *¡y usándola!* ... en el más allá.

«¿Que si me he imaginado?», exclamó. «Eso es lo que me preocupa, esa idea precisamente. Una vida inmortal con una picha supletoria conectada al cerebro es algo que no me imagino ni remotamente. Tampoco es que quiera llevar una vida de ángel. Quiero ser yo mismo, John Stymer, con todos mis malditos problemas propios. Quiero tener tiempo para pensar las cosas con detenimiento... mil años o más. Parece ridículo, ¿verdad? Pero así soy yo. El Marqués de Sade disponía de la tira de tiempo. Pensó muchas cosas, debo reconocerlo, pero no estoy de acuerdo con sus conclusiones. En fin, lo que quiero decir es que no es tan terrible pasar la vida en la cárcel... *si tienes mucha actividad mental*. Lo que sí que es terrible es convertirte en prisionero de ti mismo y eso es lo que somos la mayoría de nosotros: prisioneros de nosotros mismos. En una generación hay una docena escasa de hombres que se liberan. En cuanto ves la vida con claridad, todo resulta una farsa: una farsa monumental. ¡Imagínate a un hombre desperdiciando su vida en defender o condenar a otros! La justicia es un asunto de dementes. Nadie es mejor porque existan las leyes. No, es un juego de imbéciles, dignificado con un nombre pomposo. Mañana puede que llegue a ser juez, nada menos. ¿Es que voy a tener mejor opinión de mí porque me llamen juez? ¿Podré cambiar algo? Ni en sueños. Volveré a seguir el juego... el juego de juez. Por eso digo que estamos vencidos desde el comienzo. Soy consciente de que todos tenemos un papel que representar y lo único que puede hacer cada cual, al parecer, es

representarlo lo mejor que pueda. En fin, mi papel no me gusta. La idea de representar un papel no me atrae: ni aun cuando los papeles fueran intercambiables. ¿Me entiendes? Creo que ya es hora de que tengamos un nuevo pacto, una organización nueva. Los tribunales, las leyes, la policía y las cárceles tienen que desaparecer. Es de locos, todo eso. Por eso me dedico a follar para olvidar. Tú también lo harías, si pudieras ver las cosas como yo.» Se interrumpió, escupiendo saliva como un cohete.

Tras un breve silencio, me dijo que faltaba poco para llegar. «Recuerda que debes sentirte como en tu casa. Haz y di lo que te parezca. Nadie te detendrá. Si quieres echarle un quiqui, no hay inconveniente, pero, ¿no te acostumbres!»

La casa estaba envuelta en tinieblas, cuando nos detuvimos ante la puerta. Había una nota sobre la mesa del comedor: de Belle, la gran jodedora. Se había cansado de esperarnos, no creía que llegáramos y cosas así.

«Entonces, ¿dónde está?», pregunté.

«Probablemente se haya ido a la ciudad a pasar la noche con un amigo.»

Debo decir que no parecía demasiado contrariado. Tras gruñir varias veces... «¡qué puta!» y «¡qué tía más puta!»... se acercó a la nevera para ver si quedaban algunas sobras.

«Podríamos pasar la noche aquí», dijo. «Veo que nos ha dejado unas judías y jamón frío. ¿Te hace?»

Mientras dábamos cuenta de las sobras, me dijo que había una habitación cómoda en el piso de arriba con dos camas.

«Ahora podemos tener una buena charla.»

Yo tenía bastantes ganas de ir a la cama, pero no de mantener una conversación con el corazón en la mano. En cambio, nada parecía poder detener el mecanismo mental de Stymer: ni el hielo ni la bebida ni la fatiga siquiera.

Yo me habría quedado como un tronco nada más reclinar la cabeza en la almohada, si Stymer no hubiera abierto fuego como lo hizo. De repente, me encontré tan despierto como si me hubiese tomado una

dosis doble de bencedrina. Sus primeras palabras, pronunciadas en tono uniforme y tranquilo, me electrizaron.

«Veo que nada te sorprende demasiado. Bueno, pues, a ver qué te parece esto...»

Así empezó.

«Una de las razones por las que soy tan buen abogado es que también tengo algo de delincuente. Tú no me creerías capaz de tramar la muerte de una persona, ¿verdad? Pues lo soy. He decidido eliminar a mi esposa. Cómo es algo que aún no sé. No es por lo de Belle. Es que me mata de aburrimiento. No puedo soportarlo más. Desde hace veinte años no me ha dirigido una palabra inteligente. Ha agotado mi paciencia y lo sabe. Está al corriente de lo de Belle; nunca ha habido secreto respecto a eso. Lo único que le importa es que no trascienda. Fue mi mujer, ¡maldita sea!, la que me convirtió en un masturbador. Estaba tan harto de ella, casi desde el principio, que la idea de acostarme con ella me ponía enfermo. Desde luego, podríamos habernos divorciado, pero, ¿por qué sostener un peso muerto para el resto de mi vida? Desde que conocí a Belle, he tenido oportunidad de pensar y planear un poco. Mi único objetivo es salir de este país, marcharme lejos y empezar de nuevo: en qué es algo que no sé. La abogacía, no, desde luego. Quiero aislamiento y trabajar lo menos posible.»

Tomó aliento. Yo no hice comentarios ni él los esperaba.

«Para serte sincero, me estaba preguntando si podría convencerte para que te vinieras conmigo. No tendrías que preocuparte de nada, mientras que durase el dinero, eso por supuesto. Lo iba pensando por el camino hasta aquí. Esa nota de Belle... se la he dictado yo. Cuando hemos salido, no había pensado en el cambio de plan, créeme, te lo ruego, pero cuanto más hablábamos más me convencía de que eras la persona que me gustaría tener al lado, si diera el salto.»

Vaciló un segundo y después añadió: «Tenía que contarte lo de mi mujer porque... porque vivir en estrecho contacto con alguien y guardar un secreto de esa clase sería demasiada tensión».

«Pero, ¡yo también tengo una esposa!», exclamé. «Aunque es como si no la tuviera, no me veo liquidándola para escaparme a algún sitio